

2

A JESÚS POR LOS EVANGELIOS

El presente tema quiere establecer un contacto a través de los evangelios con Jesús de Nazaret. Esto no sería un problema si los evangelios se nos presentasen y fueran en realidad como un reportaje biográfico orientado a darnos con toda exactitud, cronológica y geográfica, todos los detalles de la vida de Jesús, personaje histórico. Si los evangelios fueran exclusivamente una historia preocupada únicamente en dar con objetividad, imparcialidad, sinceridad, exactitud crítica, todos los pormenores acaecidos en la vida de Jesús, entonces, en la más mínima observación hecha sobre él, estaríamos plenamente seguros de recibir una información exacta de los que sucedió en realidad. El problema surge al estudiar los evangelios y constatar en ellos su proceso de formación. Los evangelios son posteriores a Jesús y surgen en el seno de la Iglesia, comunidad ya existente, como la plasmación escrita de una tradición oral previa que recoge y formula una fe en Jesús como Señor. Aquí surge el problema para muchos. Cuando la Iglesia nos presenta a Jesús y su fe en él como Mesías, Cristo, Señor, ¿cómo distinguir lo que pertenece al Jesús histórico (hechos, palabras, doctrina) de lo que es interpretación de la Iglesia desde su fe en Cristo? En el transcurso de la tradición oral, ¿no se habrán tergiversado y deformado los hechos y palabras de Jesús? Los evangelios, en lo que tienen de formulación de fe, ¿son una pantalla, un muro de separación que nos impiden establecer un contacto con el Jesús histórico? ¿Sucedió todo realmente como está escrito en los evangelios? ¿El Cristo de nuestra fe corresponde al Jesús de la historia? ¿Hasta qué punto son los evangelios documentos históricos, o al menos, fuentes históricas, para conocer la vida de Jesús? Lo que nos refieren los evangelios sobre Jesús, ¿coincide con lo que *realmente* realizó en su vida? A raíz de las interpretaciones que se han venido dando desde la época moderna, ha calado hondamente en la conciencia general de la cristiandad la idea de que el Jesús histórico es prácticamente inaccesible. ¿Podemos decir que es cierto?

¿Podemos conocer al Jesús histórico por los evangelios?

Ante el problema de la historicidad, se mantuvo hasta hace unos años una postura correcta, pero incompleta. Se partía del carácter genuino de los evangelios. Si fueron escritos por testigos más o menos inmediatos de los hechos que estaban dotados de unas cualidades tan excelentes de veracidad, sinceridad y bondad que llegaron a dar su vida por defender lo que escribieron, parecía lógico concluir que todo lo que escribieron sucedió así: era histórico. Este enfoque es cierto en lo que afirma, pero incompleto por lo que elude. Cierto que los evangelistas fueron fieles al narrar. Pero un análisis de los evangelios nos lleva a reconocer que lo que se cuenta no presenta a veces ese sentido de inmediatez de

la fuente primigenia: Jesús. Entre la redacción definitiva de los evangelios, tal y como la formularon los autores, y Jesús hay una tradición intermedia que, para muchos, *pudo* tergiversar los hechos. En ese caso, los autores, aun permaneciendo veraces y sinceros al transmitirnos lo que ellos recibieron, no nos darían del todo un Jesús histórico. El problema de esta tradición intermedia toma mayor relieve cuando se constata que va adquiriendo diversos matices en relatos conservados por los evangelistas. Así, por ejemplo, lo podemos ver en la curación del ciego de Jericó. Según Mt y Mc, la curación se realiza al salir Jesús de la ciudad (Mt 20,29; Mc 10,46); según Lc, al acercarse a la ciudad (Lc 18,35). Según Mc y Lc, se trata de un solo ciego (Mc 10,46; Lc 18,35); Mt, en cambio, habla de dos ciegos (Mt 20,30). Esta diversidad de tradición podría impedir llegar a la realidad concreta de lo sucedido. Junto a este factor hay otros elementos como el género literario de los relatos, el simbolismo encerrado en algunas escenas, etc. que podrían presentarse como obstáculos para alcanzar el hecho histórico, la persona histórica de Jesús de Nazaret. Si los relatos se presentan a la luz de las profecías del AT (concepción virginal, nacimiento en Belén, huída a Egipto, etc.), ¿son las profecías las que iluminan los hechos o son los relatos los que están elaborados bajo el influjo de las profecías?

Si tenemos presentes todas estas dificultades, la vía de solución al problema de la historicidad no puede ser la posición cierta, pero incompleta, antes aludida. Habrá que conservarla, pero completada. Se puede afirmar que podemos llegar al Jesús histórico a partir del texto evangélico, pero sin esquivar la tradición intermedia. En los cuatro evangelios se puede observar un núcleo, común denominador a todos ellos, que está revestido con diversidad de redacciones y presentación, no sólo en la forma externa de lenguaje y estilo, sino también en el enfoque mismo y estructuración redaccional del conjunto. A partir de esas redacciones diversas se pueden constatar tradiciones distintas y distinguir en ellas el medio ambiente vital de la comunidad primitiva en el que se han plasmado las tradiciones. Todo este conjunto de redacciones y tradiciones está ciertamente coloreado en sus formulaciones y expresiones por una visión de fe en Cristo Jesús, pero no se trata de una fe apoyada en fábulas o malinterpretaciones, sino de una fe apoyada en la historia. Para la fe bíblica es fundamental referirse a hechos históricos reales. Ella no cuenta leyendas como símbolos de verdades que van más allá de la historia, sino que se basa en la historia ocurrida. El *factum historicum* no es para ella una clave simbólica que se puede sustituir, sino un fundamento constitutivo. La comunidad, formada en torno a los apóstoles, está indudablemente imbuida por los acontecimientos pascales proclamados por los apóstoles que no hacen sino *iluminar* y *dar sentido* (no tergiversar ni aún menos inventar) el *misterio* de la persona histórica de Jesús, lo que hizo y dijo. Podemos afirmar que, en la presentación post-pascual que se hace en los evangelios se deja entrever el núcleo de una comunidad pre-pascual que tiene acceso y vive en torno al Jesús histórico. El Jesús de los evangelios es, por tanto, el Jesús real, el «Jesús histórico» en sentido propio y verdadero.

Uno de los problemas fundamentales que está en el trasfondo de todas las dificultades contra la historicidad es, precisamente, lo que significa «historia». La palabra encierra muchos equívocos en la cultura contemporánea, es una palabra ambigua. Actualmente, sigue confundiendo en muchos ambientes la historia con la exactitud factual, empírica, imparcial, independiente de la subjetividad de los testigos interrogados y, sobre todo, de quien los interroga. En definitiva, los “hechos brutos” de manera puramente objetiva como un biólogo observa un tejido orgánico en su microscopio. Se trata de la llamada **historia positivista** que se puso en boga en el s. XIX, heredera de la Ilustración, y que perdura en gran medida en nuestros días. Este tipo de historia completamente “objetiva” e “imparcial”, no existe realmente. Los “hechos” en cuestión, observados en el plano empírico, ¿constituyen acaso toda la realidad humana que se trata de alcanzar? Su misma observación, fundada siempre en documentos parciales, ¿puede hacerse sin que intervenga la subjetividad del historiador? El historiador mismo está inserto en una historia y es a partir de su propia situación, de las preguntas que la misma le suscitan, de los intereses que centran su atención, como él interroga e investiga los acontecimientos del pasado y los interpreta al evocarlos en su relato. La idea de un relato “fotográfico” en forma de secuencia filmada de la realidad es ciertamente una ilusión. Ni siquiera las imágenes captadas por la fotografía, la televisión o el cine son históricamente imparciales: sólo captamos lo que el cámara, con el objetivo, quiere enseñarnos. Si para las ciencias naturales vale el principio de indeterminación de Heisenberg según el cual el resultado de un experimento está determinado esencialmente por el punto de vista del observador, cuánto más para los testimonios históricos. Las interpretaciones que se presentaban como rigurosamente científicas y puramente históricas, reflejaban, en el fondo, el espíritu de los intérpretes, condicionados por sus prejuicios filosóficos. No existe el historiador neutral. La pretensión ilustrada de absoluta objetividad histórica es, sencillamente, imposible. A este respecto, afirmó en 1989 el entonces card. Ratzinger, prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de Fe y Presidente de la Pontificia Comisión Bíblica en su conferencia *La interpretación de la Biblia en conflicto*: «La interpretación nunca puede ser simplemente una pura reproducción de aquello “tal y como sucedió”... La pura objetividad es una abstracción absurda». Aplicado a los libros evangélicos, esta concepción de historia desembocó en unas reducciones más o menos radicales de la historicidad de los datos evangélicos.

Los evangelios no buscan únicamente darnos un conocimiento superficial, en el plano empírico, sino que tienen la función esencial de hacer brotar de ellos el sentido profundo, la interpretación verdadera. No podemos reducir el contenido de los libros evangélicos a simple expresión de fe que hubiera perdido el sentido de su arraigo en la experiencia histórica de Jesús. La referencia a la historia real es evidente. Pero tampoco debemos afirmar que el contenido de los evangelios es pura historia cronística. Tanto los historicistas como los apologistas caen en el

mismo error de considerar la exégesis de los libros evangélicos como un trabajo de indagación lo más exacta posible sobre lo que le ocurrió a Jesús de Nazaret. La **historicidad evangélica** es una forma diversa de entender la historia. Se trata de la fiabilidad de las narraciones evangélicas y del elemento histórico que contienen. Los evangelistas no están interesados en contarnos con exactitud cronística los hechos y dichos de Jesús. Los relatos entran dentro de la forma de “testimonio”, que va más allá de la preocupación por los detalles empíricos de la vida de Jesús tan del gusto de la curiosidad moderna. El testimonio de los apóstoles no debe ser confundido con un relato “histórico” en estado bruto. Se basa en una rememoración, una relectura y comprensión de lo dicho y hecho por Jesús que son fruto de una experiencia posterior. Este testimonio se enraíza profundamente en la experiencia vivida (la referencia a la historia real es evidente), pero parte del impacto que han supuesto estos hechos en los diversos testigos: se trata de una relectura de la historia vivida hecha a partir de la luz que proyecta la resurrección de Jesús. La historia evangélica presenta, pues, un recuerdo evocador del pasado (hechos históricos o historia vivida), unido a su interpretación. La labor del historiador serio sería, a través de los evangelios (que no son de ninguna manera ficticios ni descubren intención de falsedad o engaño), descubrir la realidad del Jesús pre-pascual o Jesús histórico. Los evangelios, aunque no sean propiamente una obra histórica, contienen una amplia información, muy valiosa históricamente, sobre los acontecimientos relacionados con Jesús de Nazaret. Podemos afirmar que de Jesús, además de su doctrina cabalmente transmitida, conocemos más hechos e incluso más palabras auténticas (*ipsissima verba*) que de la mayoría de los personajes de la antigüedad.

Problemática histórica y respuesta de la Iglesia

La historicidad de los evangelios ha sido un tema problemático, complejo, muy debatido entre los exegetas especialmente a partir de la modernidad. Las posiciones adoptadas al respecto han sido diversas y no pocas veces opuestas: desde la duda o negación de un posible conocimiento histórico de Jesús a la confesión tranquila de la historicidad de todas y cada una de las partes del evangelio. La polémica acerca de la historicidad se encrudeció, como hemos dicho, a partir de la crítica racionalista que, en su afán por enfrentar la fe y la ciencia, dudó sobre la fiabilidad histórica de los escritos del NT. El desconcierto creado por esta crítica feroz parecía reflejarse en las palabras de María Magdalena: «se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Quedó la impresión de que podemos saber pocas cosas ciertas sobre Jesús, y que ha sido sólo la fe en su divinidad la que ha plasmado posteriormente su imagen. La primera reacción ante todo esto, como se cabía esperar, fue el escándalo y la postura, a veces muy poco crítica por parte de los creyentes, de la apologética estéril. Pero poco a poco fueron dándose respuestas positivas al problema sea desde el punto de vista protestante como católico. Vamos a verlo a continuación.

a) Modernidad y racionalismo: estalla la bomba en el mundo protestante

Hasta el s. XVIII, las vidas de Jesús nacen de un interés más piadoso que histórico. La fe se compenetra con la historia, y la historia y narraciones evangélicas son instrumento para embellecer y confirmar los datos de la fe. La pacífica e ingenua posesión de la verdad histórica de los evangelios recibe el primer golpe rudo en nombre de la historia científica. En 1778, Lessing publica la obra póstuma de **Reimarus** titulada *Acerca de la intención de Jesús y de sus discípulos* en la que cree poder demostrar que Jesús fue un Mesías político fracasado. Fueron los apóstoles los que lograron hacer realidad el sueño de Jesús dibujándolo como el Mesías espiritualista que describen los evangelios. De un solo golpe desacredita Reimarus al Jesús histórico: hombre ambicioso de gloria; y al Cristo de los evangelios: invención irreal de los apóstoles. Unos sesenta años más tarde, en 1835-1836, otro profesor alemán, **Strauss**, publica una vida crítica de Jesús en la que viene a sostener que los evangelios no tienen un carácter histórico (nada real ni objetivo debajo), sino popular y mítico. El Jesús de la historia fue distinto del que nos presentan los evangelios. Se parece más a un librepensador, un sabio de la época, incomprendido por sus ignorantes contemporáneos, que hicieron de él un mago.

En este contexto tuvo su nacimiento el *método histórico-crítico* que se presentó como la panacea para salvar el obstáculo que el dogma suponía para la comprensión de la Biblia. Una vez liberados de este inadecuado presupuesto y armados con un instrumental metodológico que garantizaba una estricta objetividad, parecía que se podría ahora, finalmente, oír de nuevo la voz clara e inalterable del origen. La fe no sólo **no** era un componente esencial del método, sino que constituía un estorbo del que había que prescindir si se quería ser imparciales. Como en la presentación bíblica de la historia la acción de Dios empapaba todo, se vio necesario proceder a una complicada disección de la palabra bíblica. El método tenía la pretensión de una estricta objetividad y sus comienzos fueron de desbordante optimismo. Pretendía tratar de eliminar cualquier rastro de irracionalidad, aclararlo todo. Los avances de la investigación histórico-crítica llevaron a distinciones cada vez más sutiles entre los diversos estratos de la tradición. Detrás de éstos la figura de Jesús, en la que se basa la fe, era cada vez más nebulosa, iba perdiendo su perfil. Al mismo tiempo, las reconstrucciones de este Jesús, que había que buscar a partir de las tradiciones de los evangelistas y sus fuentes, se hicieron cada vez más contrastantes: desde el revolucionario antirromano que luchaba por derrocar a los poderes establecidos y, naturalmente, fracasa, hasta el moralista benigno que todo lo aprueba y que, incomprensiblemente, termina por causar su propia ruina. Quien lee una tras otra algunas de estas reconstrucciones puede comprobar enseguida que son más una fotografía de sus autores y de sus propios ideales que un poner al descubierto un icono que se había desdibujado. Así lo reconoció el que fuera premio nobel de la

paz **Schweitzer** en su obra *Investigaciones sobre la vida de Jesús* que supuso un punto de inflexión en la problemática. Según él, cada investigador se detenía allí donde creía ofrecer una imagen de Jesús conforme a su propio ideal, o a sí mismo (una proyección).

Tras la primera guerra mundial, después del cansancio de muchas de las estériles elucubraciones sobre el problema sinóptico, surge en Alemania una nueva escuela crítica: el *método de la historia de las formas*. Autores de primera categoría como Schmidt, Dibelius o Bultmann, la exponen y practican en sus obras exegéticas de los evangelios. El problema de la historicidad de los evangelios adquiere una actualidad extraordinaria después de la segunda guerra mundial. Un nombre va indefectiblemente unido a este período: **Bultmann**. Para él, los evangelios son testimonio de fe de la comunidad cristiana que nace de la *creencia* en la resurrección. En la predicación de esta fe se me comunica el acto salvífico de Dios, o Dios me salva. En este campo, como se ve, lleva hasta el extremo el concepto protestante de fe, como acto de absoluta confianza en Dios sin apoyo humano posible. Lo que los evangelios narran de Jesús pertenece a la mitología del NT que depende de las concepciones cosmológicas, apocalípticas y escatológicas de los judíos (p.e. la concepción y nacimiento virginal, el bautismo, la resurrección, la ascensión, etc.). Pero ninguno de esos hechos es histórico: tienen un significado religioso que el exegeta debe traducir al lenguaje de hoy, es decir, debe desmitologizarlos para mitologizarlos de otra manera. Se realiza claramente la separación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Algunos discípulos de Bultmann como **Joachim Jeremias** reaccionaron contra su maestro descubriendo, por métodos históricos, que podíamos saber más cosas de Jesús de las que se suponían con aquellas obras de comienzos de siglo.

b) Primeras reacciones en el mundo católico: ¡A las trincheras!

Este proceso de deshistorización de los evangelios producido en el mundo protestante provocó en el catolicismo repulsa y crítica, por un lado, y un verdadero pánico de que ideas de este tipo entraran en la Iglesia, por otro. La mayoría de los exegetas católicos continuaban defendiendo celosamente lo que consideraban el patrimonio de la tradición. Apologéticamente, se basaba la historicidad evangélica en la fidelidad de los testigos oculares, presentes, más o menos inmediatamente, en los evangelistas. Las diferencias evidentes entre los evangelios se intentaban resolver por métodos concordísticos, con más ingenio que éxito.

Algunos exegetas católicos comenzaron a contagiarse. Uno de los primeros fue **A. Loisy**. Siguiendo las ideas de Strauss, disoció el Cristo de la fe y el Jesús de la historia afirmando que la comunidad cristiana hizo de pantalla entre el creyente y los acontecimientos. La Iglesia no podía quedar impasible ante estas contaminaciones. La necesidad de defender los fundamentos de la fe contra el

racionalismo, el protestantismo liberal y el modernismo de Loisy era sentida con fuerza. Para hacer frente al insistente peligro a que se veía expuesta la fe católica, los documentos del magisterio abordaban el tema exclusivamente desde el punto de vista de la apologética defensiva. En el decreto *Lamentabili* (1907) se condenaban algunas proposiciones modernistas que minimizaban la historicidad de los evangelios, muchas de las cuales provenían de obras de Loisy. El magisterio, con el decreto *Lamentabili*, dejó sin resolver y precisar todas las cuestiones pendientes acerca de la historicidad limitándose a condenar las posturas erróneas. Algo parecido ocurrió con la encíclica *Pascendi* (1907) de san Pío X. Entre 1907 y 1912 se publicaron las famosas **Respuestas de la Pontificia Comisión Bíblica** que, habida cuenta de la necesidad de momento, contenían exigencias de carácter muy conservador. Era la hora de la apologética defensiva contra el racionalismo, el protestantismo liberal y el modernismo.

Entre el pueblo sencillo y muchos pastores, frente a este historicismo radical, se optó por la historia dogmática o apologética con ribetes en ocasiones un tanto fundamentalistas. Se siguió al pie de la letra la posición cierta, pero incompleta, antes aludida: los evangelios eran documentos históricos porque, como palabra inspirada por Dios, fueron puestos por escrito por testigos oculares que no tuvieron la pretensión de engañar a sus lectores. Para muchos, hasta los más pequeños detalles de los evangelios tendrían que reconocerse, antes de todo examen, como hechos absolutamente históricos. De lo contrario, se evaporaría la verdad de los evangelios.

c) Tiempos de renovación: hacia la revolución bíblica.

La exégesis católica, que permaneció ajena al movimiento de la «escuela de las formas», fue poco a poco abriéndose a ella purificándola de sus desviaciones. El magisterio dejó que ese trabajo se realizase silenciosamente entre 1920 y 1940. De este modo, la exégesis católica fue renovando sus métodos introduciendo en el campo exegético las nociones de «género» y «forma» literarios ligados a los diversos contextos sociológicos donde los textos habían surgido para cumplir «funciones» correspondientes a su medio ambiente o situación vital (*Sitz im Leben*). El 20 de agosto de 1941, Pío XII a través de la Pontificia Comisión Bíblica envió una carta a los obispos de Italia rechazando, al mismo tiempo, las fantasías de una exégesis alegórica sin freno y la aberración de una exégesis literal, o más bien «literalista», que prescindía de los métodos científicos. Tras este toque de alerta, se vio conveniente dar directrices positivas a la Iglesia universal. Después de este toque de alerta, convenía dar directrices positivas a la Iglesia universal. Tal fue el objeto de la encíclica *Divino Afflante Spiritu* (1943). En ella se insistía en la necesidad de precisar los géneros literarios usados por los autores bíblicos, sobre todo en materia de historia, con el fin de determinar con exactitud el sentido literal de los textos en el marco cultural en que fueron escritos. Entre

1950 y 1960, en campo bíblico católico muestra una división marcada y el tema de la historicidad es uno de los puntos de escisión. La *primera postura* era la que afirmaba que los evangelios no sólo podían servir de fuentes históricas, sino que eran documentos históricos de absoluta fidelidad. La *segunda postura* era la que reconocía en los evangelios una historia literaria compleja. Aunque fuentes para un cierto conocimiento histórico sobre los hechos y persona de Jesús, eran obras literarias y teológicas.

En este ambiente de tensión comenzó el Vaticano II y la discusión sobre el esquema primero de la constitución. En abril de 1964, antes de la tercera sesión conciliar, la Pontificia Comisión Bíblica publicó una instrucción, *Sancta Mater Ecclesia*, sobre la historicidad de los evangelios que tuvo como autor material al card. Bea, antiguo rector del Pontificio Instituto Bíblico. Con ella se cerró la disputa y una época en la exégesis de los evangelios. Se pone en evidencia la continuidad de los tres estadios históricos de la formación de los evangelios: la actividad de Jesús terreno, la actividad apostólica (predicación oral) y la actividad evangélica (puesta por escrito). El documento de la Pontificia Comisión Bíblica supuso un giro en la perspectiva de la historia evangélica y preparó el camino para la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum* (1965), del Concilio Vaticano II. La referencia a la historicidad evangélica la encontramos en el num. 19. Afirma, teniendo como base el texto monográfico de *Sancta Mater Ecclesia*:

«La Santa Madre Iglesia firme y constantemente ha creído y cree que los cuatro referidos Evangelios, cuya **historicidad afirma sin vacilar**, comunican fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día que fue elevado al cielo. Los Apóstoles, después de la ascensión del Señor, predicaron a sus oyentes lo que El había dicho y hecho, con la mayor comprensión que les daba la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de verdad. Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias, reteniendo por fin la forma de proclamación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron, pues, sacándolo ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes "desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra" para que conozcamos "la verdad" de las palabras que nos enseñan (cf. Lc., 1,2-4)» (DV 19).

A partir de entonces, los ríos han vuelto en gran medida a su cauce. En el mundo protestante, **Käsemann**, discípulo de Bultmann, dio un paso de gigante al acusarlo de haber deshistorizado el cristianismo primitivo. Según el autor alemán, pensar que todo comienza después de la pascua es absurdo. Jesús tuvo que expresar implícitamente antes de Pascua su identidad divina. También la **escuela de Upsala** (protestante) nos ha hecho conscientes del papel fundamental de la memoria en la transmisión de la tradición. En el mundo católico, **Schürmann** afirmó que el verdadero mito es pensar que todo empezó después de la Pascua. Poco a poco se han ido presentando diversos criterios de historicidad que han

adoptado numerosos autores sea católicos como protestantes: múltiple fuente, discontinuidad, conformidad, explicación necesaria, etc. En la investigación histórica sobre Jesús, actualmente se habla de *Third Quest* (la tercera etapa). La primera (*Old, First Quest*) fue la oposición entre el Jesús histórico y el Jesús de la fe (Reimarus, Strauss, Bultmann). La segunda (*New, Second Quest*) es la que acabamos de presentar: la renovada continuidad entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe (Käsemann, Robinson, Schürmann). La tercera etapa o *Third Quest* (a partir de 1985) es la renovada continuidad entre el Jesús histórico y los evangelios. Aquí hay dos tendencias: una más radical (*Jesus Seminar*) y otra más moderada. La primera está representada por un grupo de casi ochenta estudiosos que se encuentran con regularidad y deciden con sus votaciones el grado de historicidad de los que hizo y dijo Jesús. Usan el *evangelio gnóstico de Tomás* como una fuente más. Aquí están Funk, Crossan, Koester, etc. La segunda quiere subrayar la relación íntima de Jesús con el judaísmo (criterio de coherencia histórica o conformidad). Aquí está Sanders, Meier y Theissen.

Formación de los evangelios

El documento *Sancta Mater Ecclesia*, como hemos indicado, presenta los tres momentos que atravesaron la vida y las doctrinas de Cristo antes de llegar hasta nosotros, tres momentos que deben tenerse en cuenta en todo análisis histórico. Vamos a ver cada momento:

a) *Primer momento*: el que demarca la actividad de Jesús en su vida terrena.

«Cristo, el Señor, escogió discípulos (cf. Mc 3,14; Lc 6,13), que lo siguieron desde el inicio (cf. Lc 1,2; Hch 1,21-22), vieron sus obras, escucharon sus palabras, y estuvieron en grado de convertirse en testigos de su vida y de su enseñanza (cf. Lc 24,48; Jn 15,27; Hch 1,8; 10,39; 13,31). El Señor, cuando exponía de viva voz su enseñanza, seguía las formas de pensamiento y de expresión que se usaban entonces, adaptándose así a la mentalidad de los oyentes y haciendo que cuanto él enseñaba se imprimiera firmemente en sus mentes y pudiera ser retenido con facilidad por sus discípulos. Estos entendieron bien los milagros y los otros eventos de la vida de Jesús como hechos obrados y dispuestos para el fin de mover a la fe en Cristo y hacer abrazar por medio de la fe el mensaje de salvación»

Este momento cubre genéricamente los años 1-30 de nuestra era. Es el momento en que Jesús aparece como predicador. Decir que los evangelios surgen como expresión de fe de la comunidad hace nacer la pregunta inmediata de por qué nace esa comunidad, cuál es el aconteciendo fundante. La única respuesta satisfactoria es la que presenta a Jesús como predicador original y originante de la tradición evangélica. El objeto de este primer momento son, pues, las acciones y las palabras de Jesucristo, pero consideradas en orden a nuestra salvación. Nadie duda de que Jesús existió y enseñó pero ¿cuál fue su enseñanza? La parte que los evangelios atribuyen a la *enseñanza de Jesús* ocupa gran parte de los evangelios. Esta enseñanza supone, en sí misma, una transmisión a la posteridad. Pero no

basta el fácil recurso a la memoria de los apóstoles, según las formas típicamente judías, para admitir la fidelidad de esta transmisión en los evangelios o en la predicación de los apóstoles. Los apóstoles son testigos privilegiados de esta enseñanza y forman ya una comunidad pre-pascual. En esta comunidad particular y pre-pascual hay que buscar el primer ambiente vital (*Sitz im Leben*) de los dichos de Jesús. En ella se depositan y viven, y sólo ella es el verdadero puente con la siguiente etapa, la predicación apostólica y la comunidad post-pascual. En cuanto a los *hechos del Señor*, a su vida, fue patente a los que le rodeaban. Entre los sucesos que se narran en los evangelios, algunos, por su misma naturaleza, exigían una fijación inolvidable y transmisión para el futuro (milagros, resurrección, etc.). Estos hechos tuvieron que dejar huellas capaces de confrontación histórica. El texto afirma que los milagros y los otros acontecimientos de la vida de Jesús fueron vistos como hechos “reales”. Nadie, fuera de los críticos más radicales, y generalmente por motivos diversos a la historia, niega que Jesús realizara hechos extraordinarios capaces de llamar la atención de las multitudes, sobre todo, curaciones. Las tradiciones posteriores sobre milagros resultan inexplicables sin un fundamento histórico del mismo orden. El hecho de que los mismos evangelios conservaran otras interpretaciones de los hechos extraordinarios de Jesús («en nombre de Belcebú lanza éste los demonios») es una prueba de que algo había en sus obras que necesitaba una explicación anormal.

b) *Segundo momento*: el que demarca la actividad apostólica (entendiendo por apóstoles un grupo más amplio que los Doce).

«Los apóstoles anunciaban, sobre todo, la muerte y resurrección del Señor, dando testimonio de Jesús (cf. Lc 24,44-48; Hch 2,32; 3,15; 5,30-32), del cual contaban con fidelidad episodios biográficos y dichos (cf. Hch 10,36-41), teniendo presente en su predicación las exigencias de los diversos oyentes (cf. Hch 13,16-41 con Hch 17,22-31). Después que Jesús resucitó de entre los muertos y su divinidad apareció de un modo más claro (cf. Hch 2,36; Jn 20,28), tan lejos estuvo la fe de borrar la memoria de las cosas que habían acontecido, que más bien la afianzó, porque *esa fe se fundamentaba en cuanto Jesús había hecho y enseñado* (cf. Hch 2,22; 10,37-39). No se ha de pensar que por el culto con que desde entonces los discípulos veneraban a Jesús como Señor e Hijo de Dios, éste se transformó en una persona “mítica” y fue deformada su enseñanza. Mas no hay por qué negar que los apóstoles transmitieron a sus oyentes cuanto Jesús realmente había dicho y hecho con aquella inteligencia más plena de que ellos mismos gozaban (cf. Jn 2,22; 12,16; 11,51-52; 14,26; 16,12-13; 7,39), instruidos por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de Verdad (cf. Jn 14,26; 16,13). De esto se sigue que, como Jesús mismo tras su resurrección “les interpretaba” (Lc 24,27) las palabras tanto del AT como las suyas propias (cf. Lc 24,44-45; Hch 1,3), así también ellos explicaron los hechos y las palabras según las exigencias de los oyentes. “Constantes en el ministerio de la palabra” (Hch 6,4), predicaron en un modo adaptado a su fin específico y a la mentalidad de los oyentes; pues eran deudores (1 Cor 9,19-23) “de griegos y bárbaros, sabios e ignorantes” (Rom 1,14). Se han de distinguir y examinar cuidadosamente estos modos de exponer usados en el anuncio de Cristo: catequesis, narraciones, testimonios, himnos, doxologías, oraciones y otras formas literarias similares que aparecen en la Sagrada Escritura y eran usadas por los hombres de aquel tiempo».

Este momento cubre genéricamente los años 30-60 de nuestra era. El predicador de Palestina ahora es predicado, se convierte en el objeto de la predicación por parte de sus discípulos. Se cambia la actividad de Jesús por la predicación (se entiende oral) de los apóstoles sobre Jesús. También cambia el contexto, pues ya no es sólo Palestina, sino el entero marco del imperio, donde se realizó esta predicación. Finalmente el texto apunta a unas características de esa predicación: no es un mero sumario de la actividad de Jesús (un mero repetir los hechos y dichos de Jesús con exactitud escrupulosa de cronista como si, después de haberlos observado detenida e intensamente, los quisieran reconstruir a base de un diario escrito y una memoria prodigiosa), sino una comprensión de sus palabras y de los acontecimientos que determinaron su vida a la luz de la resurrección. Además el texto añade una nota muy significativa: esa comprensión se realiza con la enseñanza del Espíritu Santo que preside la iniciativa apostólica a la hora de actualizar un hecho o una palabra de Jesús. Las enseñanzas de los apóstoles no pueden menos que reflejar, por un lado, el conocimiento actual de los apóstoles y, por otro, la interpretación de la vida terrestre de Jesús a raíz de la Pascua, según los textos del AT. Es importante constatar que el evangelio no fue confiado para su anuncio a cualquier creyente más o menos convencido o exaltado. Según Lc, no basta para ser apóstol haberse encontrado con Cristo resucitado, sino haber vivido con Jesús desde el comienzo de su actuación hasta su ascensión (Hch 1,21ss). La razón para Lucas es evidente: los apóstoles deben testimoniar la identidad del Resucitado con el Crucificado. De no haber sido fieles en su testimonio sobre Jesús no se hubiesen visto envueltos en las complicaciones en que vivieron y por las que, al menos algunos, murieron. Dieron un testimonio que, humanamente, nada les beneficiaba.

Los discípulos quedaron «impresionados» por la persona de Jesús. Esta palabra se usa también en fotografía: cuando se toma la foto de un objeto o de una persona, la película queda impresionada, el objeto se registra en ella, pero no se ve nada. Para que aparezca la imagen que fue registrada, para que se revele esa imagen, la película tiene que sumergirse en un baño que se llama «revelador». Podríamos decir que los discípulos quedaron impresionados por la persona de Jesús, su forma de vivir, sus palabras y sus actos. Pero entonces no lo sabían y hasta después de Pentecostés todo aquello quedó en negro. Para que apareciera aquella imagen múltiple que guardaban de él, tuvieron que sumergirse en aquel baño revelador que era la vida de las diversas comunidades. Sabemos que el desarrollo en el laboratorio tiene su importancia: según el tiempo de exposición, los productos utilizados, la foto tendrá más o menos contraste, variarán los colores, aparecerá tal o cual detalle. Del mismo modo, las imágenes de Jesús serán algo diferentes según el revelador, es decir, según las diversas comunidades en que fueron tratadas. Así, durante los años que siguieron a Pentecostés, podríamos comparar Palestina, Asia Menor y toda la cuenca mediterránea como un gran laboratorio fotográfico en donde las diversas comunidades llevaron a los discípulos a revelar las múltiples imágenes de su maestro. La vida de las

comunidades fue como el baño revelador que permitió aparecer esas imágenes de Cristo gracias a tres actividades fundamentales: la predicación, la celebración y la catequesis. Desde el comienzo, los discípulos proclaman su fe en Cristo Resucitado por medio de frases cortas que resumen lo esencial de la buena nueva. Es lo que se llama *kerigma*. Se recogen además algunas palabras de Jesús (*logia*), sus parábolas, sus milagros, el relato de su pasión. Los discípulos, cuando se reúnen, celebran la fracción del pan, ocasión para recordar el sentido profundo de la muerte de Cristo y su presencia resucitada y viva en medio de la comunidad. En la catequesis, se usan las palabras y las obras de Jesús para iluminar la situación actual de la comunidad y de los nuevos bautizados.

c) *Tercer momento*: es el que demarca la actividad evangélica de puesta por escrito de las tradiciones apostólicas recibidas.

«Esta instrucción primitiva realizada en primer lugar de forma oral y después puesta por escrito —de hecho, ocurrió rápidamente que muchos se propusieran “ordenar la narración de los hechos” (Lc 1,1) que se referían al Señor Jesús— fue consignada por los autores sagrados en cuatro evangelios para la utilidad de las iglesias con método apropiado al fin peculiar que cada cual se había propuesto. Entre todas las cosas transmitidas, **escogieron** algunas. En algunas ocasiones realizaron labores de **síntesis**. En otras, teniendo presente la situación de las iglesias particulares, **desarrollaron ciertos elementos** buscando por todos los medios que los lectores conocieran la solidez de cuanto se les enseñaba (cf. Lc 1,4). *En efecto, entre los materiales de que disponían, los hagiógrafos seleccionaron especialmente aquellas que se acomodaban a las varias condiciones de los fieles y al fin que se proponían, y las relataban de la manera que convenía a esas condiciones y propósitos.* Como quiera que el sentido de un enunciado depende también del contexto, al transmitir los evangelistas los dichos y hechos del Salvador en contextos variados, hay que pensar que lo hicieron para utilidad de los lectores. Por lo cual, el exegeta ha de indagar cual fue la intención del evangelista al exponer un dicho o un hecho de un modo concreto o presentarlo en un contexto determinado. Porque no obsta de ningún modo a la verdad de la narración el hecho que los evangelistas refieran los dichos y hechos del Señor en orden diverso, y expresen de manera diversa sus sentencias no a la letra, aunque reteniendo el sentido. Así, por ejemplo, dice san Agustín: “Es probable que cada evangelista creyese que debía hacer el relato en el orden en que Dios hubiese querido sugerir a su recuerdo lo que narraba, siempre con referencia a aquellas cosas cuyo orden, sea el que sea, no afecta a la autoridad y verdad del Evangelio. Quien busque con piadosa atención por qué el Espíritu Santo, que reparte los dones propios a cada uno según le parece (cf. 1 Cor 12,11) y, por tanto, al recordar lo que iban a escribir, gobierna también las mentes de los santos en atención a los libros que habían de ser puestos en tan gran cima de autoridad, y rige a uno de una manera y a otro de otra».

Este momento se sitúa entre los años 60-90. Los testimonios de la tradición nos dicen que fue con la desaparición de los apóstoles cuando empezó a ponerse por escrito de una forma continuada la predicación sobre Jesús. Es interesante la referencia a «las muchas cosas transmitidas oralmente y por escrito»: puede tratarse de la prolongación de la catequesis apostólica, pero incluye también la posibilidad de que existieran narraciones escritas, más o menos fijas, pre-evangélicas, a las que alude, por ejemplo, el prólogo de Lc (1,1-4). Estas tradiciones contenían el mismo objeto material de la etapa anterior: la

instrucción o predicación apostólica. La primera comunidad cuidaba de mantener la continuidad como algo esencial a la misma tradición. Si la predicación apostólica se diversificó accidentalmente por las circunstancias personales e históricas de los distintos apóstoles y comunidades, no es extraño que las tradiciones aparezcan ya diversificadas entre sí en elementos secundarios. El texto nos habla de unas características importantes: cada evangelio, por ser escrito, es una composición. No es el resultado del mero copiar por escrito de manera superpuesta la predicación apostólica. Sus autores recogen la doble tradición, oral y escrita, y la sintetizan o adaptan según la situación de los destinatarios de esos escritos. En todo este proceso de desarrollo, es casi necesario que las tradiciones y recuerdos pierdan circunstancias de lugar, de tiempo, detalles, etc. Sobre todo interesaba lo que Jesús había dicho y hecho, no tanto, en ocasiones al menos, dónde y cuándo.

Pasemos ahora a un ejemplo tomando el formato fotográfico digital. Después de unas vacaciones de verano, descargamos todas las fotos que hemos hecho en nuestro ordenador y nos planteamos hacer un montaje de *powerpoint* para enviarlo a todos nuestros contactos. Las fotos las realizamos sin ningún plan preciso: íbamos fotografiando aquí y allá todo lo que nos encontrábamos y nos resultaba interesante. Estuvimos visitando varias ciudades, pasamos algunos días en la playa, visitamos a algunos familiares. Lo más lógico es hacer una *agrupación* de las fotos en carpetas para que luego las presentemos formando secuencias y el montaje tenga sentido. Pero, ¿qué criterio usamos para ello? ¿Las agrupamos por los lugares visitados? ¿Distinguimos entre paisajes y fotos familiares? ¿Hacemos una división cronológica siguiendo la sucesión normal del viaje? En este proceso siempre hacemos una *selección* borrando alguna foto que no ha salido bien o descartando para el montaje alguna que vemos que no va a “decir mucho”. Una vez que nos decidimos, nos ponemos manos a la obra y hacemos nuestro montaje. Seguro que si algún otro miembro de la familia hubiera realizado su propio montaje, usando quizás las mismas fotos, hubiera hecho una selección y ordenación distinta. Algo similar ocurre con la puesta por escrito de los evangelios. Antes de hacer el “montaje”, las diversas imágenes de Jesús “reveladas” en las comunidades se fueron agrupando en secuencias. Por ejemplo, se reunieron las parábolas y los milagros, y algunas de las palabras sueltas de Jesús se reunieron formando discursos. Las comunidades, pues, agruparon, seleccionaron y ordenaron las diversas imágenes de Jesús. Cuando uno lee los evangelios, ve que la sucesión de los acontecimientos no tuvieron que ser exactamente así. Jesús no se levantó un día y leyó en su agenda “hoy toca parábolas”, y nos contó siete parábolas seguidas, o leyó “hoy toca milagros”, y realizó diez milagros seguidos. Una vez agrupadas, seleccionadas y ordenadas las diversas secuencias del montaje, ahora sólo queda hacerlo. Es la labor de los evangelistas que usan y presentan las secuencias según sus propios criterios y acomodándose a las características y situación concreta de sus comunidades (intereses, problemas, dificultades, lagunas, etc.). Es por ello por lo que los

evangelios nos hablan de Jesús, sí, pero también de las comunidades en que nacieron.

Papel de la arqueología en los estudios bíblicos

En términos sencillos, la arqueología es la ciencia histórica que se ocupa de estudiar las civilizaciones del pasado a partir de los restos materiales que éstas han dejado. Parece un método de lo más natural, pero antes del s. XVIII apenas se le ocurrió a nadie. Incluso en el s. XIX, este método no se aplicó de manera muy sistemática. Las primeras excavaciones se realizaron, en gran parte, para iluminar el texto bíblico y para dar razón a la Biblia en un momento en que se negaba su autenticidad histórica. La finalidad era demostrar que la Biblia tenía razón. Poco a poco, se fue viendo que la ciencia arqueológica y la Biblia no debían de ir siempre de la mano: la historia que narra la Biblia no siempre es una historia que se pueda atestiguar arqueológicamente bien por la falta de restos materiales bien por el carácter propio de la historiografía bíblica como tal. No siempre podemos decir que lo arqueológicamente indemostrable es históricamente falso. El hecho de que no encontremos datos, inscripciones o ruinas que nos confirmen un dato no significa que podamos negarlo. Los descubrimientos de hoy eran inimaginables hace unos siglos y ¿quién sabe los tesoros que aún están escondidos y que esperan ser encontrados?

En la actualidad, la arqueología es una ayuda indispensable para conocer la historia: nos brinda toda una copiosa e imprescindible serie de elementos para entender la historia antigua. A través de ella conocemos la realidad del país donde se desarrollan los hechos, las ciudades y lugares que determinan la forma concreta y precisa en que éstos sucedieron, el aspecto material de las casas donde vivía la gente, el ajuar que constituía su patrimonio, etc. Además, la arqueología puede eventualmente descubrir inscripciones donde aparezcan datos nuevos sobre personas o hechos que ayuden a comprender mejor los elementos aportados por las fuentes puramente literarias. A la historia, sin la ayuda de la arqueología, le falta el calor de lo cotidiano y el contacto directo con la realidad. Naturalmente, para que los datos proporcionados por las excavaciones arqueológicas puedan ilustrar y ayudar a penetrar y comprender un acontecimiento histórico, un personaje o una época, es preciso contrastarlos con las fuentes literarias, con la historia escrita. El contexto arqueológico, que subyace a la historia de Jesús, sólo puede adquirir consistencia y sentido contrastándolo con las propias narraciones evangélicas ya que éstas son casi las únicas fuentes que poseemos sobre la historia de Jesús, si exceptuamos citas aisladas de otros libros del NT y de la historiografía profana (Tácito o Flavio Josefo).

La arqueología facilita el acceso al Jesús histórico por encima de interpretaciones más hipotéticas que reales. Así, por ejemplo, hay quien ha

afirmado que en Mc 1,21-39, donde se narran los hechos de Jesús en Cafarnaún, en la sinagoga primero y en la casa de Pedro después, aparecen dos relatos totalmente independientes en su origen que, de forma arbitraria, han sido unidos. El autor ha hecho una composición teológica presentando una jornada completa en Cafarnaún sin fundamento histórico o topográfico alguno. A la luz de la arqueología, uno termina dando la razón a Marcos que dice llanamente: «Al salir de la sinagoga, se fueron derechos a casa de Simón» (Mc 1,29). En efecto, la sinagoga de Cafarnaún y la casa de Pedro se hallan en la misma calle, sólo separadas por una manzana de casas, de modo que la distancia entre ambas es de menos de 50 metros. Quien sabiendo los resultados de la arqueología lee el texto evangélico, lo entiende perfectamente y comprende que los acontecimientos pudieron realizarse en el mismo día, uno a continuación del otro, tal y como lo dice Marcos. El artificio no está en el texto evangélico, sino en el refinamiento literario de una crítica que desconoce a veces los resultados de otras ciencias históricas.

PARA PROFUNDIZAR MÁS...

BIBLIOGRAFÍA: X. LEÓN-DUFOUR, *Los evangelios y la historia de Jesús* (Barcelona, 1966); L. A. SCHÖKEL, *Comentarios a la constitución Dei Verbum sobre la divina revelación* (Madrid, 1969); J. CABA, *De los evangelios al Jesús histórico* (Madrid, 1971); W. D. DAVIES, *Aproximación al Nuevo Testamento. Guía para una lectura ilustrada y creyente* (Madrid, 1979); P.-M., BEAUDE, *¿Qué es el evangelio?* (Cuadernos bíblicos 96; Estella, 1980); J. AUNEAU & F. BOVON & E. CHARPENTIER & M. GOURGUES & J. RADERMAKERS, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles* (Introducción a la lectura de la Biblia 9; Madrid, 1982); R. LATOURELLE, *A Jesús el Cristo por los evangelios* (Salamanca, 1982); P. GRELOT, *Los evangelios y la historia* (Barcelona, 1983); F. FERNÁNDEZ RAMOS, *El Nuevo Testamento. Presentación y contenido* (Madrid, 1988); H. G. MAY & G. N. S. HUNT, *Atlas Bíblico Oxford* (Verbo Divino, 1988); R. AGUIRRE MONASTERIO & A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles* (Estella, 1992); E. CHARPENTIER, *Para leer el Nuevo Testamento* (Estella, 1994); V. BALAGUER, *Evangelios Sinópticos y Hechos de los apóstoles* (Pamplona, 1999); J. G. ECHEGARAY, *Arqueología y evangelios* (Verbo divino, 1999); L. SÁNCHEZ & C. GRANADOS (ed.), *Escritura y Tradición. Los fundamentos de la interpretación bíblica* (Madrid, 2003); J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret* (Madrid, 2007); D. MARGUERAT (ed.), *Introducción al Nuevo Testamento. Su Historia, su escritura, su teología* (Bilbao, 2008).